

*Palabras del académico doctor Armando Maccaño
en representación de la Academia Nacional de Medicina*

Vi por primera vez a Osvaldo Loudet, en su refugio del Instituto Libre de la calle Libertad. Tuve la misma sensación que cuando entré al Castillo de Vauvenarges, en Aix-en Provence o cuando visité Isla Negra en las afueras de Santiago.

La presencia de un mito, en su luminosa madurez, con todo el peso de leyenda y exaltación, y sus mundos poblados de prodigio. Tenía voz ronca, cálida y vigorosa y su palabra estaba siempre comprometida con su intelecto y su corazón.

Transmitía afecto. Sólo me conocía de nombre, pero me tomó del brazo y me llevó hasta la ventana.

Dirigió su mirada al coloso de Maillart, que permanece con su solemne severidad, enhiesto y protector, albergando en su interior la estatua de la equidad de Yrurtia y me dijo: "Qué importante es el médico para la justicia, tiene el máximo de responsabilidad moral porque de él depende algo que vale más que la salud y la vida, la libertad del hombre".

No eran sólo palabras, estaba convencido y por eso había creado en 1920 el Instituto de Medicina Legal y el Curso Superior de Médicos Legistas. Sentía la imperiosa necesidad de transmitir la trascendencia de la especialidad. Enseñar a bucear inmerso en el alma ajena buscando descascarar, lo más entrañable, lo personal, lo íntimo, lo hondo, el núcleo de donde nacieron y se irradiaron los impulsos no del hombre, sino de ese hombre, en ese momento

y frente a las circunstancias que rodearon al delito. Tarea difícil que debe realizarse con un correcto sentido de la medida, sin omnipotencia, no contaminado por intereses o sectarismos y por sobre todo libre para investigar, razonar y llegar a condiciones válidas para la administración de justicia.

Como Profesor de la Cátedra de Medicina Legal deleitó con sus clases. Su aparente tranquilidad y reposo contrastaban, iniciado el discurso, con ese vendaval ideológico que se filtraba permanentemente entre sus palabras. Hacía pausas que sugerían, creaban expectativas, invitaban a la meditación, con la misma sensación que produce el silencio cuando pasa entre la música.

No se cansaba de repetirnos: “la Medicina Legal no es la especialidad vinculada a la muerte, sino a la vida”.

Entonces no lo entendíamos del todo. Hoy sabemos que si bien ella es esencial en el diagnóstico necrópsico, tiene una participación fundamental en la confección de las normas médico-jurídicas, para los trasplantes de órganos, la fecundación in vitro y la determinación de la individualidad del ser humano a través de los antígenos de histocompatibilidad y el polimorfismo del ADN.

Tanto lo apasionó el tema del hombre y el delito que lo llevó a ocupar, sucediendo a José Ingenieros, la Dirección del Instituto de Criminología y a ser Titular de la Cátedra de Criminología de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Allí también volcó su sabiduría y nos dejó enseñanzas imborrables. De entre ellas recuerdo como fundamentales:

- No busquemos “el caso en el libro”. Busquemos el caso en el mismo enfermo o imputado.
- No adaptemos los enfermos a las leyes, sino las leyes a los enfermos.
- La clínica del viejo artículo 34, sobre la capacidad del individuo para cometer el delito, plantea cuestiones de límites, que sólo los médicos pueden resolver y no los abogados, ni los jueces.

Su labor brillante e infatigable lo llevó a la Presidencia de la Sociedad de Medicina Legal y Toxicología en 1933, 44 años después tendría yo el honor de presidirla

y en los festejos de las bodas de oro de la entidad, me cupo la distinción de pronunciar un discurso en su presencia. Desde luego los homenajeados eran dos, la Sociedad y él, su creador. Se emocionó profundamente y se excusó diciendo "debo estar viejo", agradeció mis palabras y me apretó en un fuerte abrazo que me hizo sentir todo su hechizo, el peso de su historia y su leyenda y los rasgos de esa juventud eternamente renovada por un tiempo interior excepcionalmente potente y vital.

Junto a la Medicina Legal, Loudet amó la Psiquiatría. "Viví —dijo— entre dos mundos de sombra, los que habían perdido la libertad y los que habían perdido la razón".

Actuó en el Hospicio de las Mercedes y en el Hospital de Alienados donde fue Jefe de Servicio.

En esos viejos pabellones debió luchar contra la soledad, la sordidez, el hambre y la pérdida continua de la identidad. Lo hizo con sus profundos conocimientos científicos pero más con los impulsos más nobles de su corazón y la energía de su carácter que era vigor y luz.

No sólo escuchó los incoherentes discursos de sus enfermos, impregnados de coherencia, percibió las vibraciones de sus angustias, la conmoción de sus plegarias, la pérdida de sus imágenes desvanecidas y su reclamo de comprensión y amor.

Su instrumento verbal siempre trasunto de afecto lo transformó en el interlocutor válido que le permitió entrar en cada uno y modificar su mundo interior.

Fue una gran experiencia en su vida.

Más tarde diría: "les debo mucho, de ellos aprendí a ser prudente, más bueno, más humano, a perdonar más que a condenar".

También enseñó la intimidad de la estructura humana como Profesor Titular de Clínica Psiquiátrica de la Facultad de Medicina de La Plata y como Profesor de Psicología Experimental y Fisiología en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. En ambas cátedras volcó una vitalidad inagotable y sus clases fueron comunicación mágica, que sólo se logra cuando se tiene ese gran fervor de existencia que se proyecta a todos y a todo lo que lo rodea.

Uno de sus temas predilectos fue el de las emociones y los sentimientos para los que escribió el libro *La vida íntima* y aquellos versos:

“Después de larga ausencia, fue otra calma
Otra sonrisa, otra mirada mustia
Y me pregunto trémulo de angustia
Si el tiempo me robó también el alma.”

Loudet desde estudiante fue un abanderado de las ideas de avanzada por eso alcanzó la presidencia del Círculo Médico, del Centro de Estudiantes de Medicina y de la Federación Universitaria Argentina. Ya como graduado y docente ocupó cargos en el Consejo Directivo de la Facultad de Medicina, en el que llegó a Vice Decano, logrando entre otras cosas la creación del curso de Médicos Psiquiatras y de la Facultad de Farmacia y Bioquímica que hasta entonces era una Escuela de Medicina.

En cada uno de sus puestos de lucha dejó las improntas de su personalidad caracterizadas por un quehacer sereno, firme e infatigable, impregnado de un gran registro expresional e inmensa afectividad.

Loudet se incorporó a esta Honorable Academia el 26 de abril de 1956, apenas un año después de que reabriera sus puertas, luego de tres largos años de obligada clausura. Volvió con la libertad de la que fue eterno enamorado y amante fiel, durante toda su existencia.

Su vida académica fue intensa y prolífica y se caracterizó por la multiplicidad y excepcional calidad de su tarea que junto a su riqueza expresiva constituyen uno de los grandes tesoros culturales y científicos de nuestra corporación.

Loudet hoy es verbo académico.

En su intimidad fue siempre feliz, porque fue como quiso ser, y porque descubrió el perfume exquisito de la vida y el sabor de los tiempos junto a esa gran mujer, Corina Mallo de Loudet, que sacrificó todo, hasta su brillante carrera de pediatra, en testimonio de su amor.

Su Residencia en la tierra puede ser definida en sus propios términos:

“El dolor de los pacientes aprisionados en el Hospital o la Cárcel, ha sensibilizado mi corazón y agudizado

mi inteligencia. No he ambicionado otra cosa que la paz de mi conciencia y he huido del ruido, de la solemnidad y de las apariencias. He sido un simple peregrino de la vida. He cumplido simplemente con mi deber y eso es todo. Veo a Caronte que prepara la barca para trasladarme a la otra orilla y lo veo sin tristeza. Mi óbolo a pagar será insignificante. Llevaré esa carga liviana, sin el peso de graves remordimientos. Espero ser absuelto en la otra orilla.”

Y desde luego que ha sido absuelto y hoy goza del privilegio de los que amaron con autenticidad y sin renunciamentos todo lo que merece ser amado y en especial el trabajo, la libertad, la justicia y a los demás seres humanos.

Para ellos hay un cielo, quizás el mismo cielo en que Juan Ramón Jiménez puso a su Platero, ese borriquillo peludo, suave, hecho de algodón, para llevar almas, sólo almas, por caminos de oropéndolas, azahares y rosas eternas.

Seguramente hoy Loudet estará paseando en uno de ellos y nos mira con una sonrisa de generoso recuerdo.